

EL LASCASISMO EN «LA ARAUCANA»

MENÉNDEZ Pidal señala con acierto una particularidad de la épica española, que se manifiesta ya en Lucano al buscar como asunto poemático los sucesos recientes, contrariando con ello la tradición latina y rechazando lo mítico maravilloso que la literatura le imponía: «Su epopeya, puramente histórica, sin dioses ni mitologías, tan distinta de lo que había hecho Virgilio como de lo que hace después Silio Itálico, no puede ser sino un primer brote del realismo que va de Cervantes a Goya; el que produce toda la epopeya española, incomparablemente más histórica que la francesa o germánica; el que coloca al *Poema del Cid* o *La Araucana* tan fuera del gusto de la *Chanson de Roland* o de la *Jerusalem*. No me fijo, pues, en analogías estilísticas, por la que pudiera compararse a Lucano con otro artista cualquiera, Góngora o Víctor Hugo, por ejemplo, sino en la esencia misma de la *Farsalia*, que aparta este poema de toda la poesía narrativa latina y la vincula con toda la épica española. Los antiguos enunciaban ya esta total extrañeza de Lucano cuando lo excluían del número de los poetas, pues no había compuesto poema, sino Historia».

Esta propensión al realismo, esta falta de aptitud o de gusto por lo maravilloso y mitológico, que se advierte también en nuestra pintura, la encontramos seguramente en la épica de los descubrimientos.

Es curioso advertir que estos hechos memorables, que a primera vista debieran haber producido una poesía épica importante, puesto que no faltaban ni hechos prodigiosos, ni grandes capitanes, ni escenarios de incomparable grandiosidad, apenas dieron lugar a una poesía casi narrativa y en el fondo pobre en cantidad y muy mediocre de calidad, porque ni las *Elegías de varones*

de *Indias*, de Juan de Castellanos; ni el *Arauco domado*, de Pedro de Oña; ni *La Argentina*, de Martín del Barco Centenera; ni las *Armas antárticas*, de Miramontes; ni la *Hernandía*, de Ruiz de León; ni otras que apenas merecen recuerdo pueden presentarse más que como puras curiosidades del erudito, y casi no tienen otro valor —en el mejor de los casos— que el de crónicas rimadas, utilizables a falta de otras fuentes.

Solamente hay un poeta de altura entre todos estos narradores, el autor de *La Araucana*, en el que Menéndez y Pelayo aprecia tres cualidades sobresalientes: «La creación de caracteres (entendiendo por tales los de los indios, pues sabido es que los españoles no tienen en sus versos fisonomía propia, y el propio caudillo de la expedición aparece envuelto en una celosa penumbra), las descripciones de las batallas y encuentros parciales, en que probablemente no ha tenido rival después de Homero, las cuales se admiran una tras otra y no son idénticas nunca, a pesar de su extraordinario número; las comparaciones tan felices, tan expresivas, tan variadas y ricas, tomadas con predilección del orden zoológico, como en la epopeya primitiva, que tan hondamente aferradas tenía sus raíces en la madre Naturaleza.»

Pero Ercilla está en la línea realista a que aludimos al principio, y más que un poeta épico es un narrador, un estupendo narrador en verso de los sucesos acaecidos en Chile. Tan verídico y puntual narrador que de él ha podido decir un gran historiador chileno: «Si afirma algo como testigo, una fecha, un hecho no relacionado con lo que su imaginación de poeta presta a supuestos o verdaderos héroes..., puede recoger la Historia sus aseveraciones con entera confianza.»

Mas el poema en sí carece de unidad; no hay un tema central que desde el principio hasta el fin sirva de eje a la composición; los episodios no están perfectamente enlazados; tampoco existe un héroe o personaje principal del poema, y en todo caso no sería ninguno de los caudillos españoles, porque todos, Valdivia, Villagrán, Reinoso, Hurtado de Mendoza..., aparecen en segundo plano, sino quizá alguno de los indios, como Caupolicán o Lautaro, más amorosamente tratados.

En el fondo *La Araucana* es un canto al valor, a la acometividad, a la gallardía de los guerreros del Arauco. El mismo Ercilla nos lo dice en su prólogo:

«Y si alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la

parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, sus costumbres, modo de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no los han hecho ventaja y que son pocos los que con tan grande constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiración que no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de su término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda que para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones vienen también las mujeres a la guerra, y peleando algunas veces como varones se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno del mayor loor del que yo le podrá dar con mis versos.»

A lo largo de todo el poema hay una preocupación por destacar su apostura, sus virtudes, su valentía, la ejemplaridad de su organización :

Son de gestos robustos, desbarbados;
 Bien formados de cuerpos y crecidos;
 Espaldas grandes, pechos levantados;
 Recios miembros, de niervos bien fornidos;
 Duros en el trabajo, y sufridores
 De fríos mortales, hambres y calores.

.....
 Los cargos de la guerra y preeminencia
 No son por flacos medios proveidos,
 Ni van por calidad ni por herencia,
 Ni por hacienda y ser mejor nacidos;

Mas la virtud del brazo y la escelencia,
 Animosos, valientes, atrevidos;
 Esta hace a los hombres preferidos,
 Esta ilustra, habilita, perficiona
 Y quilata el valor de la persona.

(CANTO I)

Y aunque nos diga en las primeras estrofas que va a cantar

... el valor, los hechos, las proezas
 De aquellos españoles esforzados,
 Que a la cerviz de Arauco no domada
 Pusieron duro yugo por la espada,

lo cierto es que en este primer canto, y después de una rapidísima relación de la conquista de Chile por Valdivia, aparecen ya la «hinchazón», la «soberbia», la «vanagloria» y la codicia de los conquistadores:

El felice suceso, la vitoria,
 La fama y posesiones que adquirían
 Los trujo a tal soberbia y vanagloria
 Que en mil leguas diez hombres no cabían,
 Sin pasarles jamás por la memoria
 Que en siete pies de tierra al fin habían
 De venir a caber sus hinchazones,
 Su gloria vana y vanas pretensiones.
 Crecían los intereses y malicia
 A costa del sudor y daño ajenos,
 Y la hambrienta y misera codicia
 Con libertad paciendo iba sin freno:
 La ley, derecho, el fuero y la justicia
 Era lo que Valdivia había por bueno,
 Remiso en graves culpas y piadoso,
 Y en los casos livianos riguroso.

.....
 Así el ingrato pueblo castellano
 En mal estimación iba creciendo
 Y siguiendo el soberbio intento vano
 Tras su fortuna próspera corriendo;
 Pero el Padre del cielo soberano
 Atajó este camino, permitiendo
 Que aquel a quien él mismo puso el yugo
 Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

La comparación del retrato de Caupolicán con el de Valdivia es sumamente aleccionadora :

Era este noble mozo de lato hecho,
 Varón de autoridad, grave y severo;
 Amigo de guardar todo derecho,
 Aspero, riguroso y justiciero;
 De cuerpo grande y relevado pecho,
 Hábil, diestro, fortísimo y lijero;
 Sabio, astuto, sagaz, determinado,
 Y en cosas de repente reportado.

(CANTO II)

En cambio :

Valdivia, perezoso y negligente,
 Incrédulo, remiso y descuidado,

 ... dejó el camino provechoso
 Y descuidado dél torció la vía,
 Metiéndose por otro codicioso,
 Que era donde una mina de oro había,
 Y de ver el tributo y don hermoso
 Que de sus ricas venas ofrecía,
 Paró de la codicia embarazado.
 Cortando el hilo próspero del hado.

(CANTO II)

La codicia —«sedienta bestia hidrópica, hinchada»— es la causa de la ruina de los españoles :

A Valdivia mirad, de pobre infante,
 Si era poco el estado que tenía,
 Cincuenta mil vasallos que delante
 Le ofrecen doce marcos de oro al día.
 Esto y aun mucho más no era bastante,
 Y así la hambre allí lo detenía;
 Codicia fué ocasión de tanta guerra,
 Y perdición total de aquesta tierra.

(CANTO III)

Y a ella se debe la rebelión de los indios, vejados y oprimidos :

Por ésta eran sin orden trabajados,
 Con dura imposición y vejaciones;
 Pero rotas las cinchas de apretados

Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad por áspera venganza,
Levantando el trabajo y la esperanza.

(CANTO III)

Y por la libertad son capaces de los mayores sacrificios y realizarán hazañas que no tienen semejanza en la Historia, como la de aquel Lautaro, paje araucano de Valdivia, mimado y favorecido de su señor, que al contemplar la derrota de los suyos le traiciona, se lanza sólo contra los cristianos, logra reunir a los indios y consigue una señalada victoria, que termina con la prisión y muerte del jefe español:

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
No en antigua escritura se ha leído,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase o la contraria del vencido?
¿Y que sólo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatarse por fuerza a los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

Esto justifica que su nombre alcance las cimas egregias de los guerreros más señalados en la Historia:

No los Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la Patria amada;
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leónidas
Dieron muestra de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada:
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.

(CANTO III)

En cambio Valdivia carece de grandeza en el acto de su prisión y de su muerte:

Capoulicán, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

(CANTO III)

Por el contrario, de Lautaro, traidor a su señor, se dice :

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto;
De gran consejo, término y cordura;
Manso de condición y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De grande trabazón y compostura,
Llenos los miembros, recios y nerviosos;
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

(CANTO III)

La muerte de Lautaro, sorprendido por sus enemigos cuando se hallaba con la bella Guacolda, tiene una arrogancia y un tono épico impresionantes :

Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!,
Rompe la cruda punta, y tan derecho
Que pasa el corazón más bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho.

(CANTO XIV)

«Los araucanos lo merecen todo y dan materia larga a los escritores», nos dice Ercilla en el prólogo de la segunda parte. Por ello injiere en su poema los episodios de la batalla de San Quintín y del combate de Lepanto, hechos grandiosos, pero que, a su juicio, no desentonan en un relato como este, «pues ha más de treinta años que sustentan su opinión, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y las haciendas que tenían por no dejar que gozar al enemigo...»

La traición de Andresillo, el indio que engaña a Caupolicán y da entrada a los españoles, le produce la más viva indignación :

La más fea maldad y condenada,
Que más ofende la maldad divina,
Es la traición sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina.

(CANTO XXXI)

La prisión y muerte de Caupolicán le sirven para hacer una exaltación apoteósica del valor, de la serenidad y del temple de

alma del gran guerrero del Arauco, lamentando que la muerte no se hubiera anticipado para evitarle tan desastroso fin :

Hombres famosos en el siglo habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado.

Y en su suplicio, descrito con realismo horrendo, se advierte una vez más la grandeza del héroe, insensible al dolor, pero no a la afrenta de que el ejecutor sea un verdugo negro :

¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que a un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?

.....
¿No hubiera alguna espada aquí de cuantus
Contra mí se arrancaron a porfía
Que usada a nuestras miseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este día,
Acabar no podrá que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.
Esto dicho, y alzando el pie derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal con el verdugo que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido.
Reprendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda,
No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese,
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese,
Que con sereno término y semblante,
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.

Los ejemplos citados y otros que pudieran aducirse sitúan a Ercilla en una línea que pudiéramos llamar «ascasiana», tendencia que no es singular entre los cronistas de Chile, ya que en la

única relación directa que se conserva del viaje de Almagro su autor, el clérigo Cristóbal de Molina, es un censor apasionado, y deliberadamente escribe «para entender con cuánto daño y perjuicio se hizo la conquista de los naturales» (1).

La exaltación del indio no pervertido por la civilización, de sus virtudes y de su felicidad bajo el estado de naturaleza; es decir, la semblanza del buen salvaje, germen de la filosofía social de Rousseau, tiene ilustres y amplios precedentes españoles. «La despiadada censura de su nación, que el español practica como ningún otro pueblo», tampoco deja de advertirse en *La Araucana*. Valdivia, que es sin duda uno de nuestros grandes conquistadores, magnífico soldado, estupendo colonizador, no sale bien librado de la pluma de Ercilla. La acusación de codicioso es injusta. Ningún país ofrecía menos seducciones que Chile, sobre todo después de la fracasada aventura de Almagro. Por otra parte, Valdivia era rico; en las mercedes que distribuyó Pizarro después de la batalla de las Salinas le habían correspondido el Valle de la Canela y una mina de plata en el cerro de Porco. Y todo esto, el lucrativo repartimiento y la provechosa mina, lo perdería si se encargaba de la expedición a Chile.

Tampoco es un tirano: «En vano buscaremos en Chile ni un solo hombre injustamente sacrificado a la ira o a los intereses del omnipotente gobernador, ni siquiera un oprimido. Más aún: en aquellos amarguísimos días, durante la más larga tribulación que haya presenciado una colonia en América, y después de incesantes guerras, consiguió Valdivia hacer reinar orden perfecto entre hombres habituados a los disturbios del Perú. No se ven entre ellos las interminables riñas ni un solo asesinato.» (Errazuriz.)

No son la codicia ni el ansia de mando los móviles de esta expedición. Aparte de «servir a Dios propagando la cristiandad y de servir al rey, procurándole mayor grandeza», hay otro factor que, a juicio de Menéndez Pidal, no ha sido estudiado todavía con la debida atención: «el deseo de la gloria que el Renacimiento imbuía en todos los ánimos, y que en todos recibía la forma con que lo había modelado la literatura histórica de Grecia y de Roma. Aun los hombres de poca lectura, como era Bernal Díaz, están

(1) ESTEVE BARBA (F.), *Descubrimiento y conquista de Chile*, Barcelona, Salvat, 1946, pág. 6.

saturados de las ideas de gloria y de fama bebidas en los libros de la antigüedad» (2).

En el manuscrito *Alegría*, que parece ser el que autorizó Bernal Díaz como redacción definitiva para publicar su crónica, se leen estas palabras:

«De presumir es, y se a de tener por cierto, que me é de preçiar y declarar en mi Historia quién soy y de qué tierra y quién fueron mis padres y dónde tengo mi asiento y bibienda y el año que salí de Castilla y donde andube militando, y aun lo platicaré entre cavalleros y soldados que se ayan hallado en guerras que para ello obiere (n) buen propósito, porque sepan mis heroicos hechos y de los valerosos capitanes, mis compañeros, que de las tales batallas se escaparon algunos detalles. Y aun me devo de xatançiar y tener en mucha estima, como la razón lo requiere, y se me alegra el coraçon cuando me acuerdo aver sido de los primeros que puse y abenturé mi persona y bienes en esta tan noble y sancta enpresa, como acaeció a los muy esforçados capitanes que an benzido y dominado grandes exércitos de contrarios ganándoles señoríos. Pues mírenlo bien en lo que adelante diré y verán que lo que ayudé a ganar es gran reino e munchas provincias y çiudades para nuestro rey y señor, por lo cual doy munchas gracias a Dios por las grandes merçedes que me haze. Y esto tengo por mis thesoros y riquezas más que munchas barras de oro que tubiese atesoradas, porque el oro se consume y gasta y la buena fama siempre aya memoria, pues que en la milicia de lo militar es en que empleé mi moçedad y jubentud, y es la cosa más preçiada y tenida en este mundo y en nuestros tiempos, así para que nuestra sancta fee catolica sea siempre más ensalçada, como para que la justiçia real sea más temida y acatada. Y esto dexo por herencia y maiorazgo a mis hijos y deçendientes porque tengo confiança en Dios que Su Magestad, desde que lo alcance a saber, como es christianísimo, les hará grandísimas mercedes, porque claramente verá que son dinos dellas» (3).

(2) MENÉNDEZ PIDAL (R.), «¿Codicia insaciable? ¿Ilustres hazañas?», *Escorial*, núm. 1.

(3) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. preparada por R. Iglesia Parga, Madrid, C. S. I. C., MCMXLI, pág. 1.

Valdivia va a Chile, que tiene fama de «tierra ingrata», «a la que no había hombre que quisiera venir» y que «quedó tan infamada que como de la pestilencia huían todos della», buscando la gloria y la fama. Esto es lo único que le interesa, y a ello lo sacrifica todo, sufriendo los tormentos del hambre y de la miseria —«que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a costas teníamos»—, rehaciendo las actas del Cabildo de Santiago, quemadas en el asalto del 11 de septiembre de 1541, «en papeles y cartas viejas mensajeras» y en pellejos de llamas, «que los más papeles, de puro viejos se despedazaban y los cueros comían muchos de ellos los perros por no tener donde los guardar», y escribiendo hiperbólicamente al emperador para que no se desanimase, que a pesar de ello aquel país era la tierra de promisión, «con minas riquísimas de oro y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieran sacarlo allí hallarán en qué sembrar y de qué edificar, y agua, yerba y leña para sus ganados, que parece la crió Dios aparte para poder tenerlo todo a la mano».

Tres años después de publicarse la edición príncipe de *La Araucana* aparecía en Lisboa, en 1572, la de *Os Lusíadas*, de Luis de Camoens, también con el propósito más ambicioso de celebrar los hechos heroicos de los portugueses por tierra y por mar:

... o Peito illustre Lusitano
A quem Neptuno e Marte obedeceram

Pero en esta epopeya singular, el más bello poema nacional que jamás se haya escrito, todo está dirigido a sublimar en un puro himno lírico la grandeza de Portugal, en su geografía, en su paisaje, en su historia, en sus navegantes y hasta en su porvenir, mediante una anticipación profética de lo que han de ser las hazañas de los virreyes y gobernadores lusitanos en la India hasta don Juan de Castro. Y ya en una de sus estancias nos habla de «o grande e raro castelhano», y en otra señala el poeta aquel «senhorio e gloria estranha» de nuestro país de tremendos contrastes, incomprendido por cuanos se ocuparon de la conquista de América sin previo conocimiento de la radical originalidad y del eterno descontento del alma española, que al mismo tiempo que con-

quista gigantescos continentes vive obsesionada con los justos títulos y con el derecho de gentes, niega el poder temporal del Papa sobre los infieles y la jurisdicción universal del emperador y condena esa misma conquista que realiza (4).

C. PÉREZ BUSTAMANTE

(4) FIDELINO DE FIGUEIREDO supone que la falta de epopeya nacional de las navegaciones y descubrimientos en la literatura española se debe a que el espejismo de Oriente se comunicó también a Castilla, pero a última hora, por la sugestión de un aventurero de genio sobre el ánimo clarividente de Isabel la Católica, y recuerda el pasaje de GANIVET: «Nosotros descubrimos y conquistamos por casualidad, con carabelas inventadas por los portugueses, llevando por hélice la fe y por caldera de vapor el viento que soplabla.»

Prescindiendo del análisis de la exactitud de esta afirmación de GANIVET, que hoy no puede sostenerse en modo alguno, prosigue el ilustre crítico portugués: «O descobrimento de Colombo foi uma aventura maravilhosa, não foi a coroação dum longo e doloroso esforço colectivo, não suscitou immediatos enthusiasmos, não determinou a atmosphera creadora dum mytho nacional. Esta é a razão porque a Hespanha não teve uma epopea dos descobrimentos, a pesar da sua abundancia de poemas heroicos; nunca os descobrimentos geographicos e em especial o achado da India por mar foram na imaginação dos castelhanos, na sua economia e na sua politica, o que foram por longo tempo para os portugueses. Quando os criticos hespanhoes e hispano-americanos propõem a *Araucana*, de ERCILLA, como o paralelo, hespanhol e para o mundo occidental, dos *Lusiadas*, incorrem num equivoco de visão, porque o merito e a causa da estima da *Araucana* residem no seu americanismo ou indianismo, isto é, em ter chamado, em pleno seculo XVI classico, ao quadro dos themas da arte litteraria a paisagem americana e a vida india —o que, na literatura de lingua portuguesa, Antonio Diniz, Santa Rita Durão, José Basilio da Gama só fariam na segunda metade de seculo XVIII com as suas *Metamorphoses*, o seu *Caramurú* e o seu *Uruguay*. Em Hespanha o ambiente favonio para a creação dum mytho heroico de significação nacional e anterior a Renascença e estranho ás empresas geographicas, é da epocha da Reconquista e so sabiu da phase da atomisação anonima, romances, balladas, lendas, canções de gesta em torno do Cid, com o *Cantar de Mio Cid*, do seculo XII.» *A epica portuguesa no seculo XVI*, Sao Paulo, 1950, págs. 363-364.